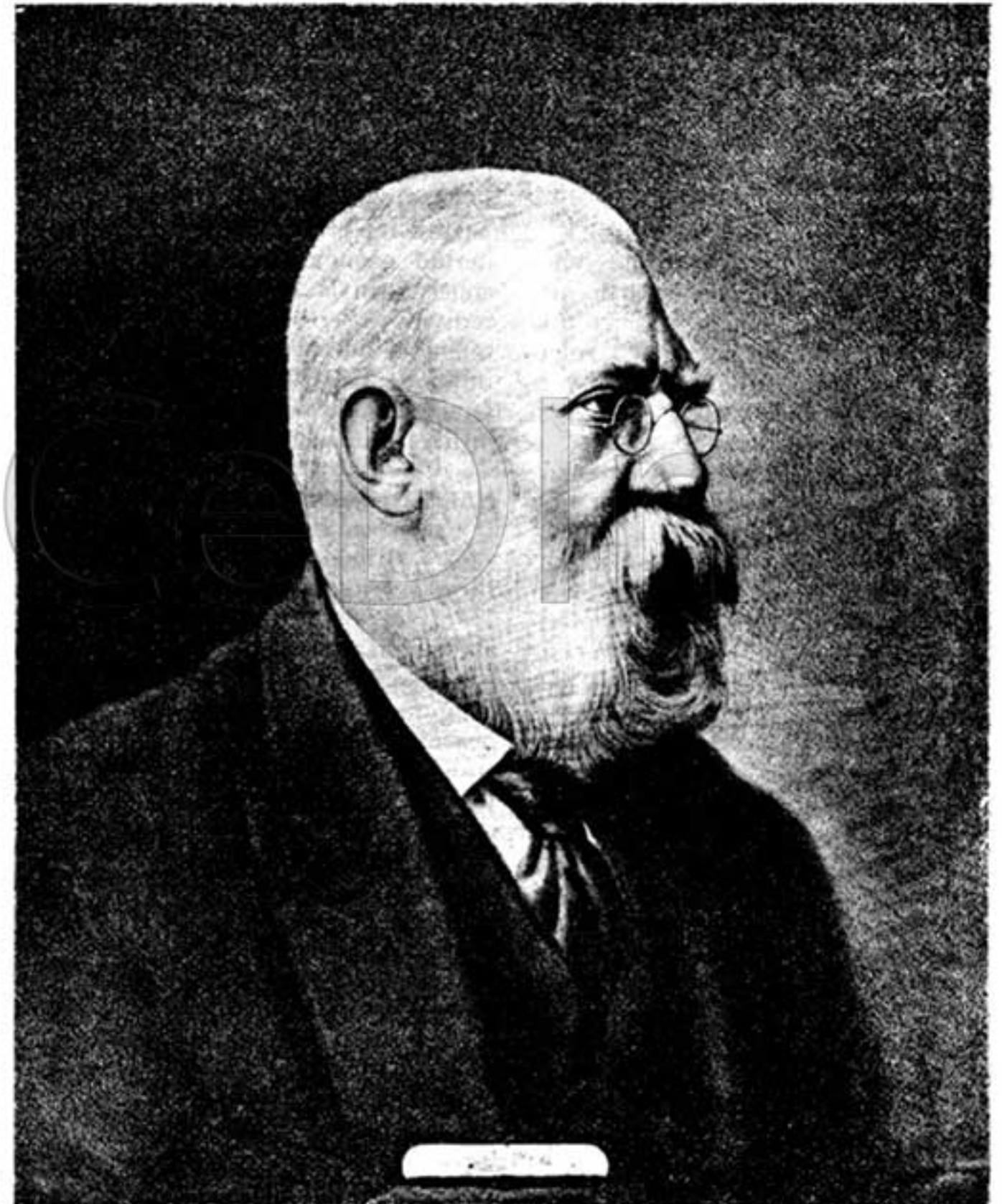


# SUPLEMENTO DE "LA PROTESTA"

Año I.

Buenos Aires, Octubre de 1908.

Número 6



COHL MOVF



## LA LIBERTAD

En el número 91 de la revista «La Lectura», L. Labiada escribió un artículo sobre Espronceda. Y como Espronceda es romántico, aprovecha los puntos de contacto que el romanticismo tiene con la anarquía para enmendarle la plana á la señora academia en dos de los tantos puntos en que hace falta enmendársela. Y dice á propósito de la anarquía que ni ella es el desorden, ni el anarquista es enemigo declarado de toda regla, sino enemigo declarado de toda regla impuesta por el capricho de una voluntad extraña á la propia voluntad y á la propia conciencia.

En mi sentir esto importa una rehabilitación de la anarquía, á la par que una de las definiciones más exactas que de ella se han dado. Importa una rehabilitación por cuanto la coloca en el verdadero lugar de la libertad y la saca de ese lugar de la extravagancia en que la había colocado la academia y muchos otros escritores de peor talento aún que esa misma institución compuesta de necios que se llama academia de la lengua. Bien es verdad que ello fué motivado en parte por los desplantes de algunos pseudo anarquistas, que no han podido hablar de libertad nunca sin confundirla con la licencia y el capricho.

Y la licencia y el capricho son cosas muy distintas á la libertad, y por eso, el que esté prendado de ellas puede practicarlas sin inducir á nadie á que las practique, puesto que ello redundaría en perjuicio general mas que en bien general. Y es solamente aquello que redundaría en bien de todos lo que debe propagarse y luchar por convertirlo en aspiración ideal de todos.

Por lo mismo que la libertad no es el capricho ni la licencia, la libertad tiene un límite. En ninguna sociedad, por mas libre que sea, se permitirá á los individuos que hagan lo que les dé la gana, en la acepción literal y completa de la palabra. La sociedad ideal, no es tampoco esa, sino aquella en que el individuo pueda hacer todo aquello que tiene derecho á hacer. ¿Qué es lo que un individuo tiene derecho á hacer en una sociedad?

Sencillamente; lo que tienen derecho á hacer todos.

La igualdad de condiciones sociales es la base de la libertad social del individuo. Esta libertad fuera de ese principio de igualdad, puede ensancharse, pero no como resultado del progreso en los medios de que se sirve la humanidad en la lucha por la existencia. Si en una sociedad basada en principios anárquicos se concediera la libertad de licencia y de capricho, esa sociedad no tardaría en alterarse y dejaría pronto de ser anarquista; pues, un individuo puede tener el capricho de erigirse en jefe ó en gobernante de los demás.

La libertad social se divide en dos partes: en la libertad política y en la libertad económica. La libertad política consiste en la completa autonomía de los individuos, en que no haya ninguno que tenga el derecho social de dominar ó de imponer á otro ó á otros; consiste, en fin, en la no existencia de la autoridad. Y la libertad económica consiste en que cada individuo pueda dar amplia satisfacción á todas sus necesidades.

Una sociedad basada en tales principios no puede oponer traba ninguna al libre desenvolvimiento de los individuos. Esto, sin embargo, no quiere decir, como así muchas veces se cree, que en una sociedad así, el individuo no encontrará ninguna traba que se oponga á su libre desenvolvimiento. Quiere decir que estas trabas y estos obstáculos, no serán el fruto de la sociedad, sino de la naturaleza de las cosas y de los hechos que se circundan y le rodean, de los cuales la sociedad nada tiene que ver, y contra los cuales en aquel lapso de tiempo la sociedad nada podrá.

Es esto lo que hay que tener en cuenta siempre que se quiera tratar de la forma de organización económica de la sociedad.

Se pueden idear y realizar formas de organización económica que favorecen más el capricho individual, pero que á cambio de eso perjudican la libertad individual en el mismo terreno económico. Una de estas formas es la actual; y toda forma que tenga con ella analogía, los resultados sobre la libertad y el capricho serán también analógicos á los suyos.



La forma de organización económica individualista, que muchos anarquistas mirando las cosas desde el punto de vista de la libertad individual preconizan en contraposición á la comunista, me temo que de realizarse daría un resultado parecido al que dá la actual organización. Favorecería el capricho, no la libertad individual, ya que en este terreno económico, la libertad consiste en la mayor facilidad de dar cumplimiento á las necesidades individuales. Y ello es claro. Si se me presentan dos formas de sociedad, en una de las cuales tengo que estar sujeto al trabajo durante diez horas, y en otra solamente cinco; y si luego se me dice cual me parece mejor para la libertad individual, no vacilaré en decir que es mejor la última aunque deje la puerta cerrada al capricho, puesto que me dá sobre la primera la ventaja de cinco horas de libertad, durante las cuales puedo hacer lo que me parezca. Cuando se miran las cosas bajo el punto de vista de la libertad de capricho, resulta que á la postre ni capricho ni libertad se tiene, como acontece en esta organización económica en que nos tocó la desgracia de vivir. El capricho tiene en ella una puerta ancha é ilimitada, pero ¡Ay! ni la más precaria libertad, el mas reducido desahogo es posible.

La sociedad mejor es aquella que reporta más ventajas á todos, y no miradas las cosas desde uno ó varios puntos de vista desde uno ó varios aspectos de la vida,

sino desde todos los puntos de vista y desde todos los aspectos.

Es así como las miro yo para declarar superior al comunismo á todas las demás formas de organización social. Se le pueden hacer objeciones, pero nunca tantas como se le pueden hacer á otros principios. La perfección es imposible; el bien absoluto imposible también; pero hay la mayor perfección, el mayor bien y la mayor conveniencia. Los hombres deben procurar organizarse teniendo en cuenta siempre esta mayor conveniencia. Lo demás es extravagancia, quizás una de las varias y múltiples formas de la demencia.

Bakounine ya lo dijo: «queremos una sociedad perfectible, no perfecta». Y es en virtud de esta declaración que nuestro ideal está penetrado del sentido de la realidad y por el más alto grado de sensatez.

Bien es verdad que muchos de los anarquistas que se burlan del comunismo (es lo único que pueden hacer: burlarse, porque refutarlo es algo trabajoso) no han conseguido formarse idea de lo que en realidad significa el comunismo anárquico. Lo conciben como sistema de sociedad, sin advertir que por el hecho de ser anarquista, una sociedad no puede ser sistemática, puesto que para ello necesitaría imponerse, ó por lo menos estar dispuesta á imponerse. El comunismo anárquico no es más que un principio, base ó fórmula de organización social, sobre la cual y de acuerdo con la cual



los individuos se organizan por afinidad, libre y espontáneamente, ó se desorganizan, como mejor les plazca, y hasta por el hecho de ser anárquica la sociedad, los individuos no sólo tienen que tener libertad para organizarse como quieran, sino también para organizarse sobre la base, el principio ó la forma que quieran.

Esto no es asunto de economías sino asunto de política. En lo referente á la libertad individual, nada tiene que ver el comunismo, como cualquier organización económica, á que se refiere, es decir, á la producción y al consumo. Es respecto á la manera de organizar la producción y el consumo que tiene sólo que ver la forma económica. En cuanto á la manera de organizarse los individuos para producir, cosa es que se sale ya de la esfera económica y cae de lleno en la esfera política. En política todos somos anarquistas. La forma de organizarse los individuos para producir, tiene á la fuerza que ser anarquista, es sólo la manera de organizar la producción y el consumo.

Y esta manera, yo digo que la mejor es la comunista.

MAXIMO ARACEMI.

## EL LENGUAJE ARTICULADO

(DE «SCIENCE ET CONSCIENCE» DE LE DANTE)

Uno de los caracteres del que el hombre se muestra muy orgulloso y por el cual declara distinguirse de los otros animales, es el lenguaje articulado.

Yo ignoro hasta qué punto es el lenguaje articulado el monopolio de la especie humana; ciertas especies sociales poseen tal vez su equivalente, es decir la posibilidad de traducir, por signos convencionales transmisibles de individuo á individuo, las imágenes y las oraciones de ideas que se producen en los centros nerviosos.

Cuando vemos las hormigas comunicarse noticias no podemos dudar que efectivamente sean capaces de comunicarse; y es la definición la más conveniente del lenguaje.

Lo que es importante, no es en efecto que los signos convencionales sean transmitidos á tal ó cual de nuestros órganos,

pero sí que esta transmisión exista, sea transmisible.

Se encuentra que, para el hombre, el más común de los lenguajes es el lenguaje vocal; pero también estamos en posesión del lenguaje por gestos y del lenguaje escrito, los cuales en ciertas ocasiones son más útiles que el lenguaje vocal.

La palabra lenguaje deriva ella misma de lengua, porque la lengua es empleada en el lenguaje ordinario ó lenguaje vocal; sería ventajoso reemplazar esta palabra por otra que indicase, sin especificar ningún mecanismo, la posibilidad de transmitir de individuo á individuo, por signos convencionales, la traducción de imágenes intracerebrales y asociaciones de ideas.

Conservaremos la palabra lenguaje á pesar de sus inconvenientes, declarando solamente que la tomamos en sentido más general.

El lenguaje es un conjunto de *gestos*, los cuales como todos los gestos, son la traducción externa de «gabarits» preparados en los centros por el sentido de las actitudes.

Pero los gestos utilizados en el lenguaje son gestos muy familiares, á los cuales estamos acostumbrados por un largo uso, y practicamos sin vacilaciones, lo mismo que obra un operario que aprendió bien su oficio.

Nuestro órgano vocal es susceptible de un funcionamiento intelectual muy prolongado; no llega á ser adulto muy temprano, como para los chorlitos que repiten toda la vida lo que aprendieron á cantar una primera vez. Por eso mismo nuestro órgano vocal pudo ser utilizado para constitución del lenguaje. Fué utilizado en toda la antigüedad y desde el tiempo en que los hombres merecieron el nombre de hombres; es por eso que á pesar de estar muy habituados á otro lenguaje, al lenguaje escrito, por ejemplo, las imágenes despertadas por este lenguaje son siempre imágenes vocales.

Cuando veo una palabra escrita, *yo la oigo*; cuando la oigo pronunciar no la veo escrita, porque el lenguaje vocal es tan antiguo como la humanidad, mientras la escritura es más reciente y durante mucho tiempo fué monopolio de una *élite*.

En otros términos: á pesar de que los niños no saben hablar sin aprender antes los signos convencionales de la palabra, se puede decir que la costumbre del lenguaje vocal es hereditaria en el hombre. La operación que consiste en dar nombre á las cosas y á los hombres es muy natural en nuestra especie.

Creo que, si se aislase en una isla un cierto número de nuestros congéneros separado de sus madres antes de haber aprendido á hablar, les vendría la idea de dar á los objetos familiares, nombres convencionales, y de crearse para su uso, un lenguaje vocal.

Sin duda es en extremo cómodo traducir todo lo que sentimos en un lenguaje único, el lenguaje vocal por ejemplo, y una semejante costumbre ayudó prodigiosamente á la organización de las sociedades.

¿Pero no sería de temer que la misma comodidad de esta traducción le dé en el conjunto de las funciones individuales una importancia exagerada?

El lenguaje es, de cierta manera, para las acciones humanas lo que es la moneda para las transacciones comerciales. Se llegó á amar el oro; es también la palabra por la palabra. La charla llegó á ser la más importante de nuestras ocupaciones; no podemos hacer nada, emprender nada, sin hablar; por lo menos hablamos con nosotros mismos sin cesar, contándonos en imágenes vocales todo lo que pasa en nosotros. *Es lo que llamamos pensar*.

Para esto, como para todo los órganos, existen diferencias individuales entre los hombres; los unos son más pintores que otros, hemos dicho más arriba; los otros son más charlatanes, y cada uno no puede en la ocurrencia, elegir sino su propio ejemplo. Por mi parte, yo no puedo cumplir ningún acto intelectual, ningún acto despertando en mí estados de conciencia, sin contármelos á mí mismo en lenguaje vocal. Cuando tengo palabra para exprimirlos, cuando yo no hablo lo mismo, por ejemplo cuando me duelen los dientes.

Lo mismo sucede con mi sueño; yo me los vuelvo á contar sin cesar y cuando me despierto bruscamente me encuentro hablando mentalmente. Tal vez sea culpa

de esta tendencia á la charla que he sido conducido á hacer filosofía.

Yo creo que hay hombres dotados de una manera diferente; hay gentes que al leer una novela, evocan las figuras de los personajes de la novela; yo no le hago nunca, y esto es muy natural ya que cuando yo veo un suceso cualquiera, me apuro á contármelo en lenguaje vocal; la narración vocal de los hechos tomó para mí un valor predominante.

Puede que gente diferente á mí tenga sin duda mucho trabajo en creer lo que digo aquí; pero yo tengo trabajo también en creer á uno de mis amigos que hace escultura, cuando me dice que para preparar un grupo, primero hace de él en su imaginación una evocación plástica. Yo, al contrario, no puedo saber como está hecha una estatua sino después de haberme hecho á mí mismo las notas vocales que me sugiera.

El libreto de un salón de pintura no evoca, para mí, uno solo de los cuadros que en él se encuentra descrito, pero después cuando voy á visitar el salón, yo noto *primero* en cada cuadro las particularidades que me fueron señaladas de antemano en lenguaje vocal.

Naturalmente en estas condiciones la literatura es el arte al cual soy más sensible, ya que yo no conozco las otras artes más que por la literatura que me hago de ellas.

Llevada á este punto, la preponderancia del lenguaje sobre las otras facultades resulta verdaderamente una anomalía; pero estoy convencido de que, para la gente menos dotada para la charla, el lenguaje tiene una importancia todavía muy excesiva. En otra obra hice notar el peligro de la *magia de las palabras* (Les influences ancestrales).

Debemos confesar, en efecto, que nuestra educación es casi exclusivamente una educación verbal. Lo era al menos hasta estos últimos tiempos, y se salía de los liceos y de las escuelas especiales, con capacidades para disertar *de omnire scibili*, pero no se sabía hacer absolutamente nada.

Los nuevos programas empiezan á luchar contra esta tendencia esterilizante; se ha hecho en los estudios, una parte muy amplia, á la observación y á la experi-



mentación, pero será necesario mucho tiempo para que los beneficios de estas reformas se hagan sentir realmente, porque los profesores encargados de aplicarlos han recibido una educación verbal, y no pueden dejar de querer aquello á que fueron habituados.

Damos nombre á todo; cada objeto despierta un nombre en nuestra memoria; cuando encontramos de improviso á un amigo, en el cual no hemos pensado durante mucho tiempo, su vista evoca inmediatamente en nuestro cerebro su nombre; si es una persona que nos fué familiar, su nombre basta para recordarnos en un instante todo lo que sabemos de ella.

Existe entre la imagen visual y el nombre, una coordinación tan bien establecida en nosotros que se manifiesta para los que saben leer, en la imagen visual de una palabra escrita, su imagen fonética.

Estas coordinaciones son las maravillas del mecanismo humano; pero como decía anteriormente no lo son sin algún peligro.

### PALABRA Y PENSAMIENTO

Todas las asociaciones de ideas, resultan de influjos que atravesando las partes no adultas de nuestro cerebro, se acompañan de imágenes vocales, de frases que llamamos pensamientos.

Cuando preguntamos bruscamente á alguien: «¿En qué estás pensando?»; eso quiere decir: «¿Cuáles son las frases que estás pronunciando mentalmente en este momento?» Distinguimos los pensamientos de los actos, porque estos últimos producen un gesto visible al exterior del individuo; pero, salvo por los actos instintivos, que utilizan únicamente las partes adultas de nuestros mecanismos; tanto nuestros actos como nuestros pensamientos son acompañados de frases mentales.

Nos es imposible pensar sin hablar, por lo menos yo no puedo, sin poder afirmar que así suceda en mis congéneros menos habladores. Y allí tienen, en consecuencia como para mí, se plantea la cuestión del peligro de la palabra.

Que ciertas acciones determinadas en nosotros por la influencia de objetos, vecinos, se traduzcan fatalmente en lenguaje articulado, eso es ciertamente muy cómodo para las relaciones de hombre á hombre,

y eso nos permite exteriorizar nuestra subjetividad, lo que nos place ó conviene hacer conocer de ella.

Pero la palabra, que toma tan grande importancia como traductora de nuestras acciones, esa ha llegado á ser una función aparte.

No podemos pensar sin hablar, *pero nada nos es más fácil que hablar sin pensar*; es decir que, con palabras una vez construidas, podemos organizar frases al infinito, sin que por eso el influjo nervioso se produzca fuera de nuestro mecanismo vocal. Podemos hablar por hablar, por la música de las palabras, como hacen ciertos poetas. Las frases que producimos así, pueden muy bien no tener ningún sentido aparente, y, entonces no son las más peligrosas. Pueden, aunque tengan un sentido aparente, no tener ninguna relación con las realidades que nos circundan en el momento considerado, por ejemplo, podemos decir: «Es de noche» cuando estamos al medio día. Esas frases representan errores ó mentiras.

Más lejos estudiaré, los varios sentidos de la palabra *Verdad*.

### LENGUAJE Y METAFÍSICA

Fuera de los errores y de las mentiras, hay otra causa de peligro en el empleo del lenguaje articulado considerado como una función aparte.

Las primeras palabras representaron sin duda objetos concretos, cosas mensurables accesibles objetivamente al estudio; después la necesidad de ser más conciso ha impulsado á imaginar otras palabras que representan relaciones entre los objetos; luego se imaginaron otras que representan relaciones entre estas primeras relaciones.

A medida que se alejaba de la realidad concreta, era posible á cada individuo aislado emplear las mismas palabras en sentidos diferentes.

Al fin, cada uno representaba así con palabras estados de conciencia interna, que no podía comparar con los estados de conciencia que sus congéneros representaban de la misma manera.

Así se introdujo poco á poco, en el lenguaje humano, el uso de palabras mal definidas. El lenguaje, cuyo primitivo objeto era establecer relaciones entre los

hombres, concluyó á medida que se desarrollaba por falsear estas relaciones; porque se ha llegado á hablar por sí mismo, sin preguntarse si otros hombres nos podían comprender.

Es aquí donde reside el origen de los sistemas filosóficos.

Las palabras llegaron á ser creadas para representar cosas que no existían; pero desde el momento que existieron estas palabras, las cosas representadas por ellas tuvieron una existencia real para los hombres, más real que la de los objetos concretos; en todo tiempo los hombres se degollaron por cuestiones religiosas, es decir por puras cuestiones de palabras.

Solo el lenguaje matemático conservó relaciones no interrumpidas con la realidad mensurable, y por eso precisamente es que sólo él puede poner á todo el mundo de acuerdo. La mecánica universal es la única filosofía que puede existir sin levantar discusiones.

Se podía pensar que, después del maravilloso vuelo científico del siglo XIX, todo el mundo se esforzaria en tomar pie en la realidad y crear un cuerpo de doctrina que hubiera tenido como único punto de partida las cosas accesibles á la mensura.

Al contrario, en nuestra época tal vez más que en ninguna otra, se ve florecer el gusto de la palabra desprovista de fundamento objetivo.

Los filósofos, los más escuchados, son los *metafísicos*; es decir los que hablan de preferencia de conceptos nacidos en su órgano vocal y que no representan nada de accesible á la física que mensura.

## MARX Y MAZZINI

(Extracto de un manuscrito inédito de 1872)

Mazzini, junto á todos los radicales y socialistas burgueses de Europa, tenían mucha razón para desaprobare las huelgas, desde su punto de vista se entiende.

¿Qué quería él? ¿Qué es lo que quieren todavía los mazzinianos, empujando su espíritu de conciliación hasta llegar á unirse con los titulados radicales del par-

lamento italiano? La constitución de un gran estado unitario, democrático y republicano, he ahí su ideal. Pero para formar este estado, necesita primeramente cambiar el existente y á tal empresa es indispensable el brazo potente del pueblo.

Una vez que el pueblo haya prestado este gran servicio á los políticos de la escuela mazziniana, se le mandará, naturalmente, á sus talleres y á las faenas agrícolas para que comience su trabajo, tan útil, bajo la protección, no más paterna, pero sí fraterna del nuevo gobierno republicano. Ahora en vez necesita invitarlo á la playa. ¿Y en qué forma hacerlo sublevar?

¿Apelando á sus instintos socialistas? Esto es imposible. Sería el modo más seguro para devolver adversa, á sí mismos y á la soñada república, toda la clase de capitalistas y de propietarios, especialmente de aquellos con los cuales se quiere vivir, y, se entiende, constituir el nuevo gobierno. No se constituye un gobierno regular con las masas bárbaras, ignorantes, desordenadas, máxime cuando estas masas han sido sublevadas en el nombre de sus reivindicaciones económicas, por sed de justicia, de igualdad y de libertad real, lo cual es incompatible con cualquiera que sea la forma de gobierno. Entonces necesitase evitar la cuestión social y esforzarse en despertar en sus sentimientos las pasiones políticas y patrióticas; reduciendo éstas, su corazón podrá latir al unisono con el corazón de los burgueses, y sus brazos estarán dispuestos á rendir á los políticos radicales de esta clase, el servicio precioso que éstos piden, con lo cual pretenden dar un vuelco al gobierno de la monarquía.

Pero nosotros sabemos que el primer efecto de las huelgas es de destruir esta armonía conmoviente y provechosa á la burguesía, recordando al proletariado que entre él y ésta existe un abismo, y despertando en sus sentimientos pasiones anarquistas, que son absolutamente incompatibles con las pasiones políticas y patrióticas. Entonces Mazzini tenía miles razones: necesitase condenar las huelgas.

En esto se ha mostrado mil veces más lógico que los marxistas, los cuales admiten como objeto inmediato y principal



de la agitación legal de su partido, la conquista del poder político; por consecuencia quisiera servirse, como Mazzini, de la potencia muscular del pueblo germánico para conquistar este poder ardentemente deseado para ofrecerlo, sin duda, á su jefe supremo, el dictador de la Internacional, el señor Marx.

Entre el programa político de los marxistas y el de los mazzinianos, existen hoy más puntos de semejanza de lo que se podría imaginar, y yo no me admiraría de ningún modo si el señor Marx, repudiado de todos los socialistas revolucionarios serios y sinceros de Italia, concluye por establecer una alianza ofensiva y defensiva con el partido y con los discípulos de su antagonista irreconciliable, Mazzini.

Mazzini, á despecho de todo su idealismo, tan profundo como sincero, que le hacía despreciar los bienes materiales de sí mismo y hacía ciertamente una concesión necesaria á la brutalidad inherente de las masas, le había hecho á éstos casi todas las promesas económicas y sociales que hoy hace el señor Marx. Ha llegado á hablarle hasta de igualdad económica y del derecho de cada operario al producto integral de su trabajo. ¿Pero, por ventura, solo esta palabra no encierra en su efecto toda la revolución social?

Mazzini, por las razones que dejo expuestas, es cierto que no quería el antagonismo entre las masas y las clases; ¿pero el señor Marx, quiere verdaderamente con sinceridad este antagonismo, que hace absolutamente imposible cualquier participación de las masas en la acción política del Estado? Porque esta acción, fuera de la burguesía no es enteramente posible, ella no es posible más que cuando se desenvuelve en acuerdo con una parte cualquiera de esta clase y se deja dirigir por los burgueses.

El señor Marx no puede ignorar todo esto, y además lo que sucede en este momento en Ginebra, Zurich, y Basilea y en toda la Alemania, tendría que abrirle los ojos sobre este punto, lo que yo, francamente, no creo. Me es imposible creerlo después de haber leído los discursos que ha pronunciado últimamente en Amster-

dam (1), en los cuales ha dicho que en ciertos países, casi hasta en la misma Holanda, la cuestión social podía ser resuelta tranquilamente, legalmente, sin lucha, amigablemente. En otras palabras esto significa que ésta puede resolverse mediante una serie de transacciones sucesivas, pacíficas, voluntarias y sabias, entre la burguesía y el proletariado.

Mazzini nunca ha dicho otra cosa.

En fin, Mazzini y Marx se unen todavía en otro punto capital, que es el de las grandes reformas sociales, las cuales deben emancipar al proletariado; no pueden ser realizadas más que por un gran Estado democrático-republicano muy potente y fuertemente centralizado, y que por la salud misma del pueblo, para poderle dar la instrucción y bienestar precisa imponerle, por medio de su propio sufragio, un gobierno bastante fuerte.

Entre Mazzini y Marx existe á más una enorme diferencia, la cual, empero, redundará en honor de Mazzini; Mazzini era un creyente profundo, sincero, apasionado, adoraba á Dios, al cual refería todo lo que sentía, todo lo que pensaba, todo lo que hacía. En lo que respecta á su verdadera persona era el hombre más simple y más modesto, y no se preocupaba de sí mismo. Su corazón desbordaba de amor por la humanidad y de benevolencia para todos. Pero se volvía cruel, furioso, cuando se le tocaba su Dios.

El señor Marx no cree en Dios, pero cree mucho en sí mismo, refiere todo á sí mismo. Tiene el corazón lleno, no de amor, pero sí de hiel y tiene poca benevolencia natural para los hombres; pues eso no le impide volverse todavía más furioso é infinitamente más cruel que Mazzini, cuando se pretende poner, solo en cuestión, la omniscencia de la divinidad que él adora, es decir, del señor Marx mismo.

Mazzini quería imponer á la humanidad el yugo de Dios, el señor Marx pretende imponerle el suyo. Yo no quiero ni uno ni otro, pero si estuviese obligado á elegir preferiría el Dios mazziniano.

He creído necesario tener que hacer

(1) Discurso pronunciado en el mes de Septiembre de 1872, después de la Internacional en la Haya.

esta declaración para que los discípulos y amigos de Mazzini no puedan acusarme de injuriar la memoria de su maestro, comparándolo con el señor Marx.

Vuelvo por lo tanto á mi razonamiento.

Yo digo entonces, por todas las razones expuestas, que no me maravillaré nada de sentir hablar, cuanto antes, de una reconciliación y de una alianza entre la agitación marxista en Italia. Si esto no se produce, será culpa de los mazzinianos y no del señor Marx. Y yo veo aún mucho más lejos; y estoy convencido que el partido marxista, el de la democracia denominada socialista, por poco que todavía sostiene en el camino de las reivindicaciones políticas, se encontrará obligado á condenar, tarde ó temprano, el camino de las reivindicaciones económicas: el camino de las huelgas, porque estos caminos son incompatibles con aquel (1).....

Sé muy bien que los socialistas de la escuela del señor Marx, como el viviente señor Engels y el difunto Lassalle, me objetarían, por ejemplo, que el Estado no fué—propriadamente—la causa de esta miseria, de esta degradación, de este servilismo de las masas; que la miserable situación de las masas, como también la potencia despótica del Estado fueron al contrario, la una y la otra, los efectos de una causa más general, los frutos de una frase inevitable en el desenvolvimiento económico de la sociedad: de una fase que del punto de vista de la historia, constituye un verdadero progreso, un paso inmenso hacia lo que ellos llamaban revolución social. Es un punto en el cual Lassalle no ha dudado mucho en juzgar; él proclamaba altamente que la derrota formidable de los campesinos de la Alemania del siglo XVI, derrota de las más fatales que se conozcan—de la cual data la esclavitud secular de los germanos y el triunfo del Estado despótico y centralizado, que ha sido la necesaria consecuencia—constituyó un verdadero triunfo para esta revolución. Por lo tanto, los paisanos, dicen los señores marxistas, son los representantes naturales de la reac-

(1) Sin querer conferir la aureola de profeta á Pankounine, estas palabras del gran agitador, se dirían hoy, propias de las profecías.

ción, mientras el Estado militar y burocrático moderno—producto y acompañamiento necesario de la revolución social, la cual á partir de la segunda mitad del siglo XVI empezó la transformación lenta, pero siempre progresiva de la antigua economía feudal, en producción de las riquezas, ó lo que es la misma cosa, la explotación del trabajo popular por parte del capital,—es una condición indispensable de dicha revolución.

Se concibe fácilmente que, empujado por esta misma lógica, el señor Engels, en una carta dirigida, en el curso de este año, á uno de nuestros amigos (1), haya podido decir, sin la mas mínima ironía, pero con máxima seriedad, que tanto Bismark cuanto Víctor Manuel, han rendido inmensos servicios á la revolución, habiendo uno y otro, creado la gran centralización política de sus países respectivos. Yo, recomiendo ardentemente el estudio y el desenvolvimiento de este pensamiento, completamente marxista, á los franceses aliados ó partidarios del señor Marx en la Internacional.

Materialistas y deterministas cuanto Marx mismo, también nosotros reconocemos el encadenamiento fatal de los hechos económicos y políticos en la historia. Nosotros reconocemos la necesidad, el carácter inevitable de todos los advenimientos que suceden, pero no nos inclinamos indiferentemente delante de ellos, y, á más, nos guardamos muy bien de alabarlos y admirarlos, cuando por su naturaleza se muestran en oposición evidente con el punto supremo de la historia, con los ideales sinceramente humanos que se encuentran bajo las formas más ó menos manifiestas, en los instintos, en las aspiraciones populares y bajo los símbolos religiosos de todas las épocas, porque esto es inherente á la razón humana, la más sociable de todas las razas animales sobre la tierra.

Este fin, este ideal, hoy más que nunca bien concebido y claro, puede reasumirse en estas palabras: *el triunfo de la humanidad, la conquista y la realización de la plena libertad y del pleno desenvolvimiento material, intelectual y moral de cada uno, mediante la organización espontánea*

(1) Carlos Coñero.



*y libre de la solidaridad económica y social, la más completa posible entre todos los seres humanos vivientes sobre la tierra.*

Ahora bien, todo esto que en la historia se muestra conforme á este fin, del punto de vista humano—que es el único que nosotros podemos poseer—es bueno; todo lo que es contrario, es malo.

Sabemos además que esto que llamamos *bueno y malo* son siempre, el uno y el otro, los resultados naturales de causas también naturales y por consecuencia el uno completamente inevitable del otro. Pero en esto que nosotros denominamos propiamente *natura*, reconocemos muchas necesidades que estamos muy poco dispuestos á bendecir; por ejemplo: la necesidad de morir rabiosos, cuando se es mordido por un perro hidrófobo; así también en esta continuación inmediata de la vida natural, que se llama historia, encontramos muchas más necesidades, que tenemos que maldecir en comparación á aquellas que bendecimos, y por lo tanto nos creemos en el deber de estimagtizarlas con toda la energía de que somos capaces, en el interés de nuestra moralidad tanto individual como social, á pesar de reconocer que del momento que se han cumplido los hechos históricos, también los más detestables, llevan este carácter de inevitabilidad, el cual se encuentra, tanto en los fenómenos de la entera natura, como en los de la historia.....

MIGUEL BAKOUNINE.

## LUCHAS DE RAZAS

Diariamente el telégrafo nos transmite con su laconismo habitual, las dolorosas y trágicas luchas que se han entablado entre negros y blancos allá, en los Estados del sur de la activa república yanqui.

Luchas sangrientas que son un gérón de barbarie en estos tiempos de paz y trabajo, luchas que son la manifestación más significativa del problema que aún no ha sido resuelto á pesar de las tentativas de dilucidación que han acometido sabios, escritores, humanistas, filósofos, etc.

El *lynchamiento* es la expresión más genuina y el acto más expeditivo para dar escape á los odios entre blancos y negros; las represalias que los *lynchamientos* generan por parte de los lesionados y las hecatombes que siguen á estas represalias, hé ahí el estado en que se hallan las multitudes diversas que pueblan los Estados de Florida, Georgia, Alabama, Tennessee, Mississippi, Carolina del Sur, etc., amén de otros Estados americanos en los cuales se odia calurosamente á los negros y nos demuestra que tardará mucho tiempo antes que reine definitivamente la concordia entre los variados grupos étnicos que pugnan por su supremacía en todos los órdenes de la vida.

¿Por qué acontecen estos fenómenos?

Antes de contestar á esta y á otras preguntas que se agolpan á la mente, es menester analizar con amplio criterio las diversas etapas porque han pasado los hombres de color hasta nuestros días.

La venida de los negros en América y su establecimiento en ella, data de las épocas coloniales. En tiempos de la conquista, los aventureros que acudieron á las vírgenes playas á América, se sirvieron de los infelices indios para hacerlos trabajar como bestias en manos de los *encomenderos*, matándolos de hambre, torturas y atrocidades sin cuento, para saciar sus rapaces instintos de bestias feroces. Pero como los indios no eran suficientes para colmar los deseos de los bárbaros aventureros cristianos, surgió el llamado tráfico de la gente de color, cuya esclavitud había de reemplazar á la de aquellos. Buques armados y equipados por corsarios terribles fueron al corazón de Africa, y allí se dió caza á los ingenuos salvajes y se los maniató, engrilló y estibó con sus mujeres é hijos, trayéndolos luego á éstas y otras ciudades de las colonias españolas, portuguesas é inglesas.

Bajo la férula de los piadosos y católicos españoles y portugueses, sufrieron los africanos infamias y barbaridades sin fin.

Con la persuasión del látigo, el cepo y muchos otros instrumentos de tortura que hoy quedan como testimonios históricos en las comisarias de campaña y en las *fazendas* brasileras, con estos católicos procedimientos se trató á los negros desde

que se asimilaron el lenguaje de sus amos y tiranos. Se les vendía en subasta pública y no podían, no tenían la mínima libertad siquiera, de unir sus infelices existencias con las hembras de sus afinidades físicas. Aluizio de Acevedo, el valiente autor de «El Mulato» nos describe en páginas soberbias las vicisitudes y desprecios á que estaban sujetos no sólo los negros sino los hijos mestizos, esto es, los que habían nacido del cruce entre negros y blancos. En una de esas bellísimas páginas nos hace asistir a la fiesta religiosa en la cual una noble dama católica, noble por su color y pantera por sus instintos y proceder, nos ofrece el singular contraste de la piadosa beata que va á elevar preces á Dios mientras en casa ha dejado perecer entre gritos horrorosos á un viejo servidor negro que se había permitido el lujo de entrar fuera de hora á las pocilgas ó cabañas donde estaban sus hermanos de desgracia.

Y estos y otros millares y millones de hechos sucedían en cada casa donde hubiera esclavos.

Pero á pesar de todos los crímenes, violencias y torturas sufridas, los pacientes hijos de Africa se asimilaron el lenguaje y las costumbres de los diversos países á que fueron transportados, y algunos de ellos libertados por sus amos más humanitarios que la generalidad de los entonces dueños de sus vidas, sobresalieron por su inteligencia, laboriosidad y perseverancia en los diversos ramos de las actividades humanas en aquellos tiempos de vergüenza y barbarie.



La historia nos cuenta que los que más lucharon por la liberación de los negros fueron los que habitaban en regiones donde éstos eran relativamente escasos.

A mi modo de ver, dos factores son los que más contribuyeron á la liberación material de la desdichada raza etíope. El uno moral, esto es, las ideas de libertad é igualdad predicadas por los enciclopedistas y realizadas en parte por la gran Revolución Francesa, esa revolución que llevó á todos los ámbitos de la tierra el soplo justiciero de la igualdad de derechos y deberes para todos los hombres sin excepción de color y latitudes; revo-

lución que fructificó en el vírgen terreno de ambas Américas, dando como consecuencia las revueltas contra los poderes autocráticos y centralizadores de las naciones que poseían sus colonias allende el Océano. Este factor moral fué unido al factor económico, no hay duda.

La famosa orden que emanó del Triunvirato en el año 1813 (si no me equivoco) por la cual se declaraba solemnemente la *libertad de vientres*, esto es, el derecho á la paternidad por parte de los negros y el reconocimiento implícito de la más grande de las libertades, la del afecto; y la proclamación de que en las Provincias Unidas del Sur no había esclavos ¿no fué tal vez una necesidad sentida poderosamente de hermanar á los nacidos en este suelo en un sentimiento nacional para así poder luchar ventajosamente contra el poder realista que amenazaba ahogar la naciente revolución en sangre y lágrimas, como fueron ahogadas las de Quito y Potosí años antes de 1810?

Es de suponer que esta medida contribuyera,—y contribuyó en efecto—á dar nuevo contingente á las tropas revolucionarias desmoralizadas por derrota tras derrota, y al mismo tiempo para asegurar la libertad política de las colonias, y con la libertad política, la económica ó comercial que hasta entonces estaba reducida al estrecho círculo de las disposiciones del rey de España.

No pasó así en el Brasil, las Antillas y Norte América. Allá subsistió aún después de la independización de los respectivos países de las garras de los poderes portugueses é ingleses. Fué menester en el Brasil la propaganda incansable y tenaz de los humanitarios ¿extranjeros y brasileros y la sorda rebelión de los esclavos para que Don Pedro entonces emperador del Brasil anunciara la cesación del régimen esclavista.

Los norteamericanos tuvieron una larga guerra entre ellos para acabar con la esclavitud. Fueron los blancos y negros del Norte unidos, que tras largos años de dolorosa lucha contra los del Sud consiguieron imponer la absoluta libertad de todos los hombres que pisan el suelo americano.

Los millares de esclavos que trabajaban en los algodoneros é ingenios del Sud,



hacían una competencia desastrosa á los terratenientes blancos del Norte, y he ahí que el factor económico ha decidido á librar á los negros de la esclavitud del amo para lanzarlos en la vorágine capitalista. El cambio ha sido de nombre; poco de hecho. Hombres libres en vez de esclavos. Esclavos del capital y del salario, digo yo.

✱

Hoy nos sorprende que sucedan los hechos que el telégrafo transmite.

Estando lejos del teatro de los sucesos, procuraremos indagar con nuestro criterio el por qué de estos hechos anormales.

Los negros habituados al servilismo y alcoholizados por los astutos blancos, han sido y son en virtud de su constitución física y del clima cálido en que crecieron y crecen sumamente sensuales.

El blanco encastillado en sus fórmulas y orgullos de raza no permite, no quiere que su rival diferente por la piel y los rasgos fisonómicos pueda poseer, amar, cohabitar con la mujer blanca.

El negro considera á la hembra del blanco como un plato apetitoso para saciar sus ardientes instintos sexuales.

El clima sumamente cálido de esas regiones y el deseo intenso de que se hallan poseídos hace que sucedan estupro, luego violencias, represalias, *lynchamientos*, primero individuales, después colectivos.

La sangre que corre agitada por las arterias de los contendientes, el alcohol que apresura el despertar de los ancestrales atavismos, y la intransigencia y orgullo de los blancos hacen que estas luchas degeneren en masacres colectivas.

En vano afirman los discípulos de Gobineau la pretendida superioridad de la raza caucásica. Los hechos con su incontrovertible elocuencia nos enseñan que los negros son susceptibles de evolucionar, progresar y asimilarse todas las costumbres de los blancos. La prueba la tenemos en esos pilotos de barcos mercantes, esos admirables políglotas que cruzan los mares y que pertenecen á la escarificada raza negra. Las pruebas nos la dan esos médicos que á fuerza de constancia y paciente labor han formado su reputación científica.

Si la generalidad de los descendientes de los africanos son atrasados, ignorantes y bestiales; si en San Vicente dan muestras de indignidad y degeneración; si en Haití y la extinguida república de Liberia dan muestras de regresión y barbarie, y finalmente si en los Estados que están al Sur de Norte América, suceden hechos inhumanos, la culpa corresponde por entero á los seculares opresores de la aborrecida raza, á ellos toca remediar este estado de cosas, ora dando educación á los negros, ora colocándolos en un medio económico más en armonía con las necesidades que sienten.

Sólo así podremos estar tranquilos, uniendo nuestra suerte á la de ellos, iluminando sus cerebros, robusteciendo sus cuerpos al contacto vivificante de la labor cotidiana realizada con humano sentir y con entendimientos amplios y generosos.

Así evitaremos el espectáculo vergonzoso de estas sangrientas colisiones entre los hombres de diferente color.

Lo que hace falta es el cruce de las razas, y así podremos enorgullecernos de tener soberbios ejemplares de la gallarda Naturaleza.

Imitemos al bondadoso Reclus que no desdeñó,—él tan grande y sabio—unirse con una compañera de color, dando así el más alto ejemplo de lo que pueden la solidaridad y el amor entre los diversos seres que pueblan la pródiga madre tierra.

FÉLIX G. ZOLA.

## VISIONES DE ENSUEÑO

(De un libro que nunca aparecerá.)

Caía la tarde... El sol iba descendiendo lentamente desde las alturas hasta perderse por completo detrás de los altos cerros que se destacaban imponentes en los suburbios de la ciudad. Era la hora del descanso cuando los trabajadores abandonaban sus tareas para regresar á sus hogares. Fuertes silbidos se sentían; las notas que lanzaban al aire las máquinas de las fábricas, notas que confundíéndose con el repique monótono de las campa-

## SALÓN-TEATRO "DEFENSORES DE VILLA CRESPO"

CALLE TRIUNVIRATO 764

# GRAN FUNCION Y CONFERENCIA

ORGANIZADA POR EL CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y CUADRO DRAMÁTICO "VERBO NUEVO" A BENEFICIO DE "LA PROTESTA" Y CAJA SOCIAL, QUE SE REALIZARÁ EL

DOMINGO 1º DE NOVIEMBRE DE 1908, Á LAS 8 P. M.

## PROGRAMA

1. Hijos del Pueblo, por la Orquesta.
2. Conferencia por el camarada Francisco Sarache.
3. Subirá en escena la comedia dramática en 3 actos y prosa de P. Hervicis, titulada:

### Las Tenazas

4. Himno de los Trabajadores, por la Orquesta.
5. El monólogo cómico y en verso de Luis Millá, titulado ENSAYO DE UN DRAMA, recitado por el compañero Santiago Giordano.
6. La Marsellesa, por la Orquesta.
7. Se pondrá en escena el sentimental monólogo en verso, sobre el poema de Coppeí, titulado: LA HUELGA DE LOS HERREROS recitado por el compañero F. Gómez.

8. Sinfonía, por la Orquesta.

9. El precioso juguete cómico en un acto y en prosa, de M. Pina Domínguez,

### LOS COHETES

Entrada general con asiento: 60 centavos

## GRAN MATINÉE Y CONFERENCIA

ORGANIZADA POR EL

### CENTRO 1º DE MAYO

EN EL SALÓN-TEATRO VORWARTS, CALLE RINCÓN 1141

A total beneficio de LA PROTESTA

EL DOMINGO 8 DE NOVIEMBRE DE 1908

A LAS 2.30 DE LA TARDE

Donde prestarán su concurso gratuito el cuadro filodramático «La Familia Universal» y el «Orfeón Libertario»

## PROGRAMA

1. Himno «Hijos del Pueblo» por el Orfeón Libertario.
2. Conferencia por el Dr. Ucar.
3. Se pondrá en escena el drama en cuatro actos de Martín Dedeu, titulado:

### EL PECADO ES LA MISERIA

4. Subirá á escena el juguete cómico en un acto del comp. F. Gavazzo, titulado:

### AGUA FRESCA

ENTRADA GENERAL 60 CENTAVOS.



# NUESTRAS PUBLICACIONES

## Iconoclasta

NÚMERO ÚNICO ILUSTRADO

APARECERA EL 11 DE NOVIEMBRE

Editado por J. Meninato y L. Vedosky

Precio del ejemplar 5 centavos—El 100 \$ 3.—

Diríjanse colaboraciones y pedidos a

**LIBERTAD 837**

## El Despertar

Oficina, Azara 1379

Número suelto: 10 centavos

## Germen

REVISTA QUINCENAL

Oficinas, Libertad 358, Departamento 5º

Número suelto: 20 cts.

## Luz al Soldado

PERIÓDICO ANTIMILITARISTA

Oficina, Calle Superí 1372

Subscripción voluntaria

## Rumbos Nuevos

PERIÓDICO

Finz Roy 226, Bahía Blanca

## Pensamiento Nuevo

PERIÓDICO

Mendoza

## Ni Dios ni Amo

PERIÓDICO

Tucumán

## El Proletario

PERIÓDICO

Rodríguez Peña 25, Córdoba

## La Ráfaga

PERIÓDICO

Paraná

## Tierra

PERIÓDICO

Junin y Chacabuco, F. C. P.

## Vía Libre

PERIÓDICO

Calle Entre Ríos 1260, Rosario



## Escuela Moderna

SECRETARÍA: OLAVARRÍA 363

Funcionan las clases nocturnas en los siguientes locales:

Olavarría 363, los Martes y Viernes, de 7 a 9 p. m.

Uruguay 115, los Lunes y Jueves, a las mismas horas.

Próximamente funcionarán otras en diferentes locales.

Esta Escuela publica un *Boletín mensual* que remite a sus asociados y se halla en venta en todos los kioscos al precio de 5 centavos.

Dirección: Olavarría 363 - Buenos Aires

## Agencia Internacional de Publicaciones y Casa Editora de Elvira Fernández

BUEN ORDEN 1410 - BUENOS AIRES

En esta casa se hallarán en venta los siguientes periódicos de España: *Tierra y Libertad*, *El Rebelde*, *Páginas Libres*, *Solidaridad Obrera*, *Boletín de la Escuela Moderna*; *Tierra*, de la Habana; *Humanidad*, de Valencia; *Salud y Fuerza*; de Italia: *La Protesta Humana*, *La Pace*, *La Alianza Libertaria*, *La Guerra Social*, *El Libertario*, *Il Pensiero*, *La Università Popolare*; de Buenos Aires: *La Mentira*, *Germen*, *Luz al Soldado*, *Luz y Vida*, *Vía Libre*, *El Despertar* y muchos otros que no detallo por su extensión; gran cantidad de folletos en español e italiano, surtido completo en libros de sociología. Se reciben subscripciones a la importante obra de E. Reclus, *El Hombre y la Tierra*. Gran depósito de libros de la Escuela Moderna de Barcelona. Se encarga de conseguir libros de todas clases y autores.

Todos los pedidos deben de venir acompañados de su importe

No olvidarse: BUEN ORDEN 1410



## A los Subscriptores:

Pedimos á todos aquellos que con este número se les vence la subscripción y quieran seguir recibiendo el SUPLEMENTO, renueven á la mayor brevedad sus abonos á fin de evitar que se les suspenda el envío desde el próximo número.

Con el fin de aumentar la circulación del SUPLEMENTO publicamos el siguiente cupón a fin de que se lo haga llenar á sus amigos y compañeros.

*Al señor administrador de "La Protesta"*

837-Calle Libertad-839, Buenos Aires

Anote como Subscriptor al Suplemento Mensual de LA PROTESTA por ..... trimestres, cuyo importe de \$ ..... remito adjunto.

A .....

Calle ..... No. ....

Pueblo ..... Provincia .....

Ferrocarril ..... País .....

NOTA — La subscripción por trimestre es de **treinta centavos** moneda nacional en el país; **quince centésimos** en la República Oriental, y **setenta y cinco céntimos** de franco en los demás países. Por año la subscripción es de **un peso m/n**, Por paquete de 10 ejemplares, **ochenta centavos**.

No se servirá pedido de subscripción alguna que no venga acompañado de su importe

nas de las iglesias parecían á veces los gemidos de un moribundo que exhalaba su postrer suspiro, ayes de dolor que se condensaban entre sí produciendo en los oídos un triste efecto.

Iban saliendo los trabajadores de las fábricas y los de talleres, unos detrás de otros, formando pequeños grupos. Todos tenían el andar vacilante y la cabeza gacha como si llevasen siempre sobre sus espaldas el enorme peso de la explotación que hacía tamborear sus enflaquecidas piernas así como el terremoto hace temblar con sus formidables sacudidas los cimientos de las casas. Una palidez de muerte cubría sus semblantes y en sus ojos velados por la tristeza brillaban por breves instantes algunas llamaradas de odio que al rato se extinguían, semejante á los relámpagos que en las hermosas noches de verano alumbran el horizonte con sus resplandores rojizos como si fuesen á incendiar la inmensa bóveda del cielo.

Continuaba el desfile... Parecía aquello una enorme caravana de espectros vivientes, venida expresamente de todos los países para desfilar ante mi vista; iba pasando toda una generación de oprimidos, los hombres viejos con sus rostros curtidos por el sol y surcados por profundas arrugas como anchas heridas, las mujeres con un círculo violáceo en torno de sus ojos y desprovistas de seno como si hubiese desaparecido en ellas el germen de la maternidad, y los chiquillos débiles y raquíticos con sus trajecitos hechos guñapos los que dejaban ver sus enflaquecidos cuerpos.

Por entre aquella turba de andrajosos cruzó un hombre de elevada estatura y aire imponente. Era un militar cuyo vistoso uniforme se destacaba entre los grupos; sus charreteras de oro brillaban como dos ascuas de fuego. Hubo un instante de vacilación en la turba que parecía cerrarle el paso, sintióse de pronto una exclamación, luego otra y otra hasta que un sinnúmero de voces vino á formar una especie de sonido cuyo eco fuerte y vibrante repercutió con fuerza en el espacio.

El militar retrocedió un instante como sorprendido, llevóse la mano á la empuñadura de su espada, contempló al grupo que se replegaba hacia atrás y cruzó la

plaza haciendo caso omiso de las exclamaciones que sentía resonar á sus espaldas.

Aquello tuvo la duración de un segundo, cuando quise acordarme ví al militar á mi lado sentado en un banco de la plaza y su voz ronca pero vibrante resonó en mis oídos.

—Eh, luchador infatigable. ¿Eres tú el que has cruzado los mares para venir á predicar aquí, en tierra extranjera, el ideal de verdad y de justicia, el que desafiando nuestras iras lanzas en medio de una turba de infelices el grano de la sabiduría? ¡Oh, qué cándido eres si crees hacer obra buena de ese modo! ¿No ves que ellos no comprenden tu lenguaje dulce y sonoro porque sus cerebros están oscurecidos por las tinieblas y que tu voz viene á perderse por completo en sus oídos que se resisten á creer en las bellezas que les promete? Acaso no los has visto en los locales de sus sociedades en los que parecen dispuestos á seguirte como las ovejas siguen detrás del pastor en las praderas? Pero y después, al respirar el aire infecto y frío que cruzaba la calle ¿no se tornaban también ellos fríos, no permanecían con los brazos cruzados mirando al cielo el que creían ver un enorme signo de interrogación, cuando horas antes cerraban el puño y lo alzaban en el aire como queriendo descargarlos contra nosotros cuando en realidad no hacían otra cosa que golpear el techo para que se les cayese sobre sus cabezas?

Calló un momento como queriendo coordinar las ideas que bullían en su cerebro y proseguió después su interrumpida crítica.

¿Y no han retrocedido todos juntos como asustados al ver tan solo el ademán que yo había hecho para sacar la espada? Es que el espíritu de cobardía se apodera de su ánimo, mi aire imponente los aterraba como se aterran los chicuelos de un trapo blanco que flota en la obscuridad de la noche, como las mujeres huyen al sentir la aproximación de los ratones. Ya lo ves, es preferible que vengas con nosotros y no contra nosotros. Tu serías un guerrero incomparable que en el fragor del combate alentarías á los soldados con la palabra y el gesto y obtendrías un triunfo. Después, y porque no, aque-



llos mismos que conducías á la masacre ó sus descendientes inmortalizarían tu nombre levantando una estatua en la plaza de tu pueblo. Así pues si quieres venir ya lo sabes en el cuartel te esperamos con los brazos abiertos donde podrás llenar tu debilitado estómago de apetitosos manjares. Sino tenlo presente que las balas de mi revólver van mucho más lejos que tus palabras.

Y desapareció del mismo modo que había venido, dejándome anonadado y sin esperar mi respuesta.

Aquellas palabras pronunciadas con ese tono despótico y despreciativo produjeron en mi ánimo un profundo malestar ya decaído por las vicisitudes de la vida y hastiado de todo, fué apoderándose de mí ser una especie de letargo hasta quedarme profundamente dormido.

Pocos minutos hacía que estaba sumido en aquel estado, cuando unos golpes dados en mi pecho me despertaron por completo. Frente á mí se hallaba un joven de hermoso aspecto. Vestía una túnica de piel de león, la que dejaba ver un pecho fornido y unos brazos de potente musculatura: sus nervios parecían de acero y una hermosa cabellera de color rubio oro caía graciosamente formando bucles sobre sus hombros.

Me quedé un instante absorto contemplando su esbelta figura y al fin me atreví á decirle:

—¿Quién eres tú que de ese modo vienes á perturbar mi sueño?

—Soy el más fuerte, me dijo con voz sonora. Vivo allá, en lo alto de aquel cerro que se destaca erguido como desafiando las iras de la tormenta. Cuando amanece el día el sol viene á alumbrar mi choza con sus rayos de oro y el aire puro que circula por aquellas alturas fortifica mis pulmones.

—Bien, pero que desees—volví á decirle.

—Vengo á decírtelo. He bajado expresamente desde la cumbre para invitarte á venir conmigo, si es que quieres escuchar mis consejos. Y es por eso que deseo manifestarte que es inútil todo cuanto hagas por querer sacar á la humanidad del fango en que se halla sumergida; que es inútil que grites en medio de la turba que no hace otra cosa que confundirse

con tus palabras. Tu naturaleza no es como para rebajarte á permanecer entre ellos. Tu debes venir á morar conmigo en la cumbre donde sólo pueden llegar los que se sienten con fuerza suficiente para levantarse sobre sus semejantes. Porque esa sociedad que aquí existe es baja y repugnante; la vista hay que alzarla bien alta hasta poder mirar los elevados picos de los cerros y el látigo debe caer con fuerza sobre los débiles de cuerpo y de espíritu, sobre los atrofiados que entristecen la vida. No es necesario que vuelvas á repetir la acción de Diógenes. Alza una linterna y alumbrará al mundo y no encontrarás un hombre. Todos se arrastran en el fango queriendo subir á las alturas pero no hacen otra cosa que desgarrarse los dedos y caer fatalmente en el vacío del que jamás vuelven á levantarse. Y aún hay algunos que confían en la vuelta de un nuevo Mesías, en el que pretenden aferrarse para no caer en el precipicio que se abre ante sus pies. Pero ¡oh tenlo entendido esa confianza los ciegos! ¿ignoran acaso que el cristianismo ha muerto con su autor ó es que desean vivir engañándose á sí mismos con falsas ilusiones?

Pero tú no puedes ni debes permanecer entre ellos. Tu sabiduría y tu fuerza de voluntad es muy grande para que empañes tu cuerpo y tu cerebro con los miasmas que despiden esos eternos microcéfalos que van errantes como el judío de la leyenda por el sendero de la vida. Si quieres venir ya sabes allí te espero en lo alto de aquel cerro donde solo el cóndor puede hacer su nido porque las fieras, con ser fieras no se atreven á subir las escarpadas cumbres porque tiemblan ante la visión de la altura. Así pues no es preciso que vuelva á repetirte la invitación, los fuertes de espíritu como nosotros triunfan siempre en la lucha por la existencia.

Y desapareció de mi vista; con aquel noble porte con que había venido.

Desperté. Al lado de mi lecho estaba un obrero un *compañero de la idea*.

—Hace tiempo que te estoy esperando me dijo. Son las once y á la una te esperan tus amigos en la plaza.

—Bien, ahora voy á levantarme, le contesté.

Salté del lecho apresuradamente y mientras me lavaba le dije.

—Que tal, ¿ya has recorrido la ciudad esta mañana?

—Si, vengo de andar por las fábricas y los talleres. Te garanto Enrique que jamás he visto un Primero de Mayo como éste. Nadie trabaja. Sólo se ve cruzar de vez en cuando un coche por las calles: El silencio reina por todas partes. Dime ¿si no te sorprende ese cambio operado en la clase trabajadora?

—¡Oh no, me apresuré á responderle. Tu sabes muy bien que nosotros sin pertenecer á la clase trabajadora nos hemos puesto de su parte y hacemos todo cuanto está á nuestro alcance para libertarla de la explotación y esa prédica constante tiene que dar sus frutos tarde ó temprano.

Mi amigo no me respondió y asomóse á la ventana de mi cuarto, mientras yo acababa de vestirme.

Al verme ya vestido me dijo:

—Bueno, vamos, á la una es la manifestación y he quedado comprometido para llevarte á la plaza para que hables al pueblo.

Pero, ¿dónde almorzaremos hoy?—le repuse.

—¡Oh, por esto no hay que afligirse.

Y tomándome de un brazo me obligó á salir á la calle. La ciudad estaba desierta. Parecía como si una sombra de tristeza se proyectaba sobre las casas y las personas; una atmósfera asfixiante, pesada, invadía el ambiente, corrompiéndolo todo. Los talleres y las fábricas estaban cerrados por completo, y en su interior reinaba un silencio de muerte; parecía que hasta las máquinas dormían como fatigadas de la labor diaria.

Mi amigo se había despedido de mí para avisarme porque calle pensaba pasar la manifestación obrera que se organizaba en las sociedades para acudir á la plaza. De pronto un rumor de gritos des-pavoridos llegó á mis oídos, un tropel confuso de seres humanos, mujeres, hombres y niños pasó á toda carrera semejante á aves desbandadas. Casi en el mismo instante llegó mi amigo, jadeante

con el rostro bañado en sudor, el semblante densamente pálido y sus cabellos en desorden.

—Que hay, que ocurre?—le pregunté.

—¡Oh, tu no sabes. La policía acaba de prohibir la manifestación y los trabajadores se empeñan en realizarla. Por todas partes no hay más que guardias de seguridad y en la plaza reina una agitación indescriptible.

No pudo concluir.

Desesperados, como fieras perseguidas por los cazadores desembocaban por las calles que salían de la plaza un millar de seres humanos que gritaban y se atropellaban entre sí. Sintióse una descarga cerrada. Y pude ver por mis ojos como caía un obrero que llevaba el pendón rojo símbolo de la idea envuelto en los pliegos de la bandera y en medio de un reguero de sangre, mientras sus compañeros huían despavoridos y aterrorizados de la matanza. Y al galope, tras de ellos, venía un legión de bárbaros del escuadrón con sus sables desenvainados, los ojos fuera de las órbitas, como fieras sedientas de sangre descargaban golpes terribles sobre la multitud indefensa. Una exclamación de odio pugnaba por salir de mis labios. Quise gritar á la turba que retrocediese é hiciese frente á sus verdugos, llevando como armas de combate sus herramientas de trabajo. Pero mi voz se anudó en mi garganta y un temblor convulsivo recorrió todo mi cuerpo...

Las sombras de la noche iban avanzando lentamente como queriendo cubrir con su velo aquellas escenas de horror. Y en medio de la obscuridad se destacaban imponentes y soberbias las siluetas fatídicas de los guardias del escuadrón, que vistas á la distancia parecían los ídolos de la barbarie que celebraban con regocijo el triunfo de la fuerza bruta sobre la tierra.

RAUL FANDIÑO.

Julio de 1908.

*Quando un pueblo ha caído al abismo el único medio de que surja es hacerle sentir toda su miseria; y enseñarle también el camino que conduce á la cumbre, adonde hay que llegar.—*  
J. MAZZINI.



## Flor religiosa

La nueva de que Giordano se moría causó dos fuertes sensaciones en el pueblo El Manchón. Una de pesar por parte del elemento liberal y antireligioso, y otra de alegría intensa por la de los católicos.

Hacían pocos meses que Giordano había llegado al pueblo en busca de la tranquilidad que las grandes poblaciones le negaban, pero, la sola amistad con algunos sinceros antireligiosos, y los desleales ataques á las modernas ideas por parte del diario *El Bien*, dirigido por el cura, le hicieron bien pronto comprender que quien concibe, y en él se arraiga una idea justa, no encontraría paz ni tranquilidad hasta no verla triunfar, y que fuerza era dedicarse á ella con fuego y constancia.

Y fué así, cuando en un círculo de amigos se pensó en la fundación de un periódico para contrarrestar la obscura inclinación de *El Bien*. A los pocos días, hacía su aparición en El Manchón el primer número de *El Perseguido*, con vibrantes artículos de Giordano y de otros entusiastas antireligiosos. Y vinieron las polémicas.

De parte de *El Bien* menudeaban los insultos, las frases más ofensivas y ridículas, sin un concreto, sin un argumento convincente para su causa. El cura hacía de la cuestión esa, un asunto personal. La tenía contra Giordano. Este, en cambio, se mantenía en el límite de la más estricta seriedad. No atacaba personas, y en cambio del inagotable arsenal de argumentaciones contra todas las religiones existentes, trataba de convencer, de hacer luz, hasta en el cerebro mismo de muchos liberales masones y demás, que creían que al cura, á la iglesia católica era á quien sólo había que combatir. El era antireligioso, él quería que *El Perseguido* representara la nueva era: inteligente y progresista. Por eso luchaba, y porque hacía obra útil y de importancia se reía para sí de los insultos que don Anselmo, el cura, le enviaba junto con *El Bien*. Un día, el 11 de Noviembre, apareció *El Perseguido* con un inmejorable y variado trabajo. Se condenaba el hecho

bárbaro de Chicago, obra de religiosos, cristianos, que por ahogar en sangre las modernas ideas, sacrificaban varios hombres jóvenes en la horca.

La edición extraordinaria que ese día lanzó *El Bien*, era un cúmulo de disparates. Había para reírse. Atacaba al impasible Giordano de una manera grosera; lo llamaba Luzbel, hereje, cabeza de codrilo y, por último, ¡zapatero! (era el oficio de Giordano).

En uno de los artículos decía don Anselmo que aun abrigaba la esperanza de confesar á Giordano antes de morir, y hasta lo dijo en el púlpito. La parte sensata de los mismos clericales condenaba el proceder del cura, pero éste seguía en sus trece, con pesar también de parte de Giordano, que hubiese tenido gusto en tener como contrincante una persona más sensata, más inteligente, más cristiana, en fin.

Sin embargo, proseguía con provecho su campaña contra el cretinismo. Mas, á pesar de su impasibilidad, el trabajo mental y la confección de zapatos para ganarse la vida habían consumido notablemente su físico hasta el punto que había tenido que guardar cama. Un médico, de casualidad desinteresado, lo visitaba con frecuencia. Al salir del cuchitril en que Giordano yacía postrado en un catre, dijo á varios amigos del enfermo: «Se va y es lástima; aun la ciencia no halló como combatir esas tisis fulminantes.»

Y se iba de verdad. Esa noticia se desparramaba con una rapidez asombrosa. El cura, un ser vengativo, se felicitaba. «Se va el ateo; Luzbel, su compadre, lo llama á su lado; se va y lo confesaré, os lo juro, antes de que muera.» Y esto lo decía don Anselmo desde el púlpito, con fruición, con una alegría salvaje.

Y á todo esto, *El Perseguido* no aparecía. Y es que los que quedaban eran cobardes incapaces de sacrificarse como lo había hecho Giordano, temían...

Cuando se llegó á saber en El Manchón que Giordano estaba en agonía, don Anselmo, de acuerdo con otros desalmados, se presentó al moribundo. Al ver al cura, hizo un esfuerzo para incorporarse, sin resultado. Este se le acercó riendo y con

un crucifijo en la mano, le dijo: «Giordano, te mueres; he jurado que te confesarías y que besarías el cristo, ¡bésalo! pues la iglesia perdonará el mal que le has hecho, y tus amigos no olvidarán que antes hicistes mucho por su causa, pero ¡bésalo!» Y le acercaba más y más el chisme á la boca, y ¡no! decía el moribundo. ¡Bárbaro! Y no poder hablar, gritar toda su indignación contra ese hombre que tanto había combatido sin odio, sin rencor, y que hoy ni siquiera se le dejaba morir tranquilo. Sólo sus ojos hablaban, ellos eran elocuentes, no vibrantes como sus escritos, no cálidos como su palabra, pero hablaban...

«¡Giordano! no te rehuses, muere como cristiano, reconcílate con Dios, pero, ¡bésalo!» insistía el mal hombre, tocando ya la cara del enfermo, y ¡no! hacía con la cabeza sin fuerza ya.

A esto el cura se impacientaba, gesticulaba y se echaba sobre el humilde catre. «Has de besarlo, lo besarás, lo quiero, lo juré, y esto aunque no confieses.» En ese momento, y revolviendo los ojos, Giordano expiraba, y el cura en el paroxismo de su furia católica, puestas las rodillas sobre el pecho del muerto, metió hasta la mitad del crucifijo en la boca, en tanto que gritaba: «¡Bésalo! me cago en Dios!...

JUAN S. GIRIBALDI.

## EL HOMBRE BLANCO

(LEYENDA INDÍGENA)

Allá en el perdido horizonte, junto á la línea que une el mar con el cielo colúmpianse por primera vez, como gigantes, fantásticas y blancas aves, tres gallardas carabelas.

América duerme aún cubierta por el velo del misterio. De sus vírgenes selvas emanan perfumes embriagadores, ignorados: bajo sus frondosas sombras oyesse un mágico concierto de zorzales. El mar, en quietud absoluta, deja deslizarse mansamente sus nítidas aguas que bajo la forma de mansas oleadas van á lamer rumorosas, las acantiladas márgenes, como si quisieran con su monótono cántico arrullar la naturaleza dormida.

Todo es silencio en torno. Sólo se escucha el misterioso susurro del viento al cruzar entre el caos de ramas de la vecina selva.

De pronto una formidable detonación semejante al estallido de un lejano trueno, turba la quietud inmensa del paisaje. El eco ha repercutido hasta en los últimos rincones de la selva virgen. Los zorzales cesaron sus trinos; innumerables bandadas de guacamayos de vistosos plumajes levantan espantados sus vuelos revoloteando en círculos caprichosos poblado el aire de ensordecedores gritos, manadas de venados y cervatillos huyen despavoridos internándose en la espesura de las selvas presintiendo un peligro.

En la playa, como atraídos por misterioso conjuro han acudido un centenar de hijos de las selvas. Nervudos los brazos, torva la mirada, contemplan atónitos las naves que avanzan, tres monstruos para ellos ignotos.

De pronto un alarido salvaje proferido por cien pechos á la vez atruena el espacio. Es el grito de guerra del hijo del bosque.

Diez montones de resinosas ramas colocadas en ancho circuito se han convertido en otras tantas hogueras; en torno á ellas danzan locamente los indómitos salvajes.

Luego la danza cesa. Un indio viejo de tostado rostro, como el de toda su raza, arranca á la *quena* un lúgubre sonido. Es el grito de guerra que llama la tribu á la pelea.

Ya los guerreros han formado un ancho círculo; en medio de éste, un hombre de imponente mirada, de zañudo rostro y hercúleas formas, adornada su cabeza por las rojas plumas del *coraquienque* colgándole de su ancha frente una borla de oro, ha empuñado con nervudo brazo la luciente flecha de acerado dardo. Es el cacique.

El sol proyecta perpendicularmente sus ardientes rayos; á él es preciso consultarlo, él dirá el éxito de la guerra. El jefe de la tribu se ha tendido de espaldas en tierra, la cuerda de su arco en formidable tensión ha lanzado la saeta. El indio viejo de tostado rostro, arranca nuevamente á la *quena* un fúnebre sonido como si quisiera reflejar en él la ansiedad que



en ese momento se ha apoderado de todos. La saeta volvió á tierra clavándose de punta. El sol les anunciaba la victoria.

Momentos después la playa quedó desierta; sólo las hogueras semi-extinguidas continuaban chisporroteando, elevando sus llamas en mil espirales, y esparciendo en torno el agradable y sutil perfume de la resina en combustión.

✱

De las gallardas naves han partido veinte chalupas. Deslizándose plácidamente sobre las tranquilas aguas se dirigen á la costa. De súbito el mar tórname bravo; comienza á soplar un viento huracanado que levanta gruesas oleadas, haciendo peligrar las pequeñas y frágiles embarcaciones.

Diríase que la naturaleza quisiera defender al hijo de la selva.

Tripulaban las chalupas, hombres de extraña investidura; algo llevan colgando de la cintura que brilla más que el arco de la fecha, sus cabezas no están adornadas con plumas de guacamayos y coraques y sus rostros son blancos.

Los hijos de las selvas diseminadas entre el tupido pajonal, contemplan atónitos los extraños visitantes. Uno de ellos iracundo, convulso empuñando en una mano el arco y en otra la saeta le dice á su compañera: «¿Los ves? son los hombres de cara de nieve».

Estos han bajado á tierra. Con aire marcial, aunque un tanto receloso avanzan unos pasos y se disponen á tomar posesión del suelo que por primera vez pisan, que nada les debe y por el cual nada han hecho.

Nuevamente el lúgubre instrumento lanza al aire un efluvio de tristes notas, pero esta vez más potentes.

Entonces, de entre la tupida maleza obedeciendo á la señal dada por la guerra, parten silvadoras, como rabiosas serpientes los agudos y envenenados dardos lanzados por el potente brazo del indio fiero, del hombre libre de tostado rostro, á quien el hombre de cara de nieve, quería violar sus dominios sometiéndolos á la civilización á una ignominiosa esclavitud eterna.

Se oyen los ayes de los heridos, mezclados entre los salvajes alaridos del indio vencedor. La admirable puntería y el

hábil manejo de las silvadoras bolas de pelea, han dado término al combate; aquí y allá, yacen tendidos los cuerpos de los hombres blancos atravesados sus pechos por las aceradas flechas, ó hundidas sus cabezas por el formidable golpe de las boleadoras.

La tribu ébria de coraje, sedienta de venganza, danza locamente en torno á los caídos, golpeándose la boca entre sarcásticas carcajadas. El melancólico sonido del partido del fatídico instrumento que momentos antes les anunciara la hora del combate, impone ahora absoluto silencio.

La potente voz del cacique truena el espacio. «¡Hermanos!»; el hombre de cara de nieve oso poner sus plantas en nuestros dominios, le hemos exterminado; pero allá á lo lejos donde el sol juguetea con las aguas del verde mar, hay muchos más, que un día volverán á tomar venganza: ¿jurais hermanos míos defender la libertad que quieren arrebatarlos?» Un clamor ensordecedor se elevó unánime. Este continuó: «¡Hermanos!» nutridles á vuestros pequeños el alma con un odio á muerte al conquistador; enseñadles á que viva libre como el ciervo de la pampa como el puma de la selva. Volved las flechas al carcaj, y cuidadles que en ellas reside nuestra libertad.»

Luego, celebrando el triunfo de la raza indomable y libre, sobre el invasor, la numerosa tribu guerrera se entregó al brebaje desenfrenado. La chicha y la alhaja fué accionando en ellos como un narcótico quedando poco después profundamente dormidos.

Nuevamente vino un profundo silencio. Tornaron los zorzales á entonar sus alegres trinos en la selva, los chillones guacamayos volvieron á sus ramas, un agradable y sutil perfume emanado de la espesura de la selva embalsamaba el ambiente.

Parcía que la naturaleza misma se asociara al sueño del hijo de las selvas en cuyos obtusos cerebros brillara por vez primera un rayo de Sol de Libertad y de Vida.

FLORENTINO GIRIRALDI.

La salud de los pueblos no está en el parlamentarismo, sino en la regeneración interna del hombre. — León Tolstoy.

## REDENCIÓN

(Del libro «Salmos», próximo á aparecer)

Vibre otra vez el himno de combate, marsellano en los ímpetus del verso, que la paz del retiro pasa el vate, mengua sin victoria del esfuerzo...

Quiero vivir la vida que redime del fango del cuerpo y de opresión el alma, cantar sobre los ayes del que gime el triunfo del progreso en plena calma; llevar sobre el baluarte del tirano las huestes redentoras del derecho, la comunión del ósculo de hermano contra todos los cálculos del hecho... Luchar la lucha sin cuartel de abajo, del abismo trepando hacia la cumbre, la piqueta mellada en el trabajo, y «arriba», el sol... ¡El sol, para que alumbre!

Basta de Momias, Dogmas y Opresores, de todo «eso» que el débil teme y ama... ¡caigan del Trono Autócratas señores, como frutos podridos de la rama!

La vida sin misterios yo proclamo ante el «error sagrado» del presente... Soy por mis creencias, libre, sin más amos que la verdad del hombre más vidente... Soy más dios que el gran Budka de las greyes... El dolor da la más profunda ciencia; ¡el viejo dogma de la Fe y las Leyes, caduca al fallo fiel de mi conciencia!

¡Arbitro de la vida sea el hombre! Ya que Natura Rey le hizo de todo, busque en la ciencia el rango de su nombre, y el ideal de Cristo sobre el lodo...

De la verdad emana la ventura, como de la mentira el mal eterno... ¡y es la tierra más riente en su amargura, que el cielo con su Gloria y con su Infierno! ¡Hay algo más arriba?... ¡Pero en dónde, para llamarle ¡Padre! de rodillas?... ¡Sí el padre por ser Padre no responde, el hijo por ser Hijo no se humilla!

Rompí hace años la Cruz del atavismo, sobre la cumbre misma de la ciencia, para hacer ojo atroz del despotismo parpadeando siempre en su conciencia...

¡Poeta de los débiles, soy fuerte! Para ellos tengo el pólen de la fuerza, canto sobre el fracaso de la muerte los triunfos de la vida en su grandeza: la redención del porvenir pregonó en medio de las dudas del presente,

y ellos miran al déspota en su trono, como se mira al sol... ¡Alta la frente!

Beben mi creencia en el Jordán del verso, ávidos en el mal de su desgracia, y la aurora vislumbran del esfuerzo, al concebir la nueva democracia...

Para ellos quiero los talleres miles, que uno por uno quepan en los templos; herramientas en vez de los fusiles, que solo de vejamen son ejemplos; por cárceles un faro de enseñanza guiando á buen puerto la razón futura: pan, lumbre y techo, el sol de la bonanza... ¡El bello despertar de la ventura!

CARLOS SURIGUEZ Y ACHA.

Rosario, 1908.

## CUADRO IDÍLICO

Elina era una esbelta joven de diecisiete años; buena y bella, sincera y afectuosa. Viva, alegre, bien educada, afable y seduciente.

Aunque una niña en su edad, en sus modales y en su desarrollo físico, era una «donnina», una de esas imágenes que, en las sueños juveniles se esparcen, cuando la vida quisiera ser toda poesía y amor, y el mundo la hace prosa; prosa áspera, dura, pesada, insípida...

Ella sabía perfectamente que yo la amaba, y cada vez que podía verme fijaba sobre mí su mirada aguda, brillante, y como el sol quemante, y... me costreñía á acercármele.

No sé si me miraba porque placía mi física persona, ó bien porque ella también me amaba.

Simplemente sabía que ansiaba hacerme una confidencia, y como la calle donde está la casa de ella no tiene nunca que lamentar falta de transeúntes, ella temía más que al rubor que hubiera coloreado sus hermosas mejillas en una floración bermeja, á aquel prejuicio viejo y hastioso que obstaculiza tiránicamente la libertad de obrar á gusto, el «que dirán».

Yo que merced á una fina observación psicológica pude descubrir, el porque de aquella vacilación que en verdad era una tortura para ambos, me propuse acabar con ella y cortar por lo más sano.



Una noche en cuanto la ví sobre el umbral de la puerta que da entrada á su casa y, en el preciso momento que una pareja de *palomas* seguidas de varias *pichonas* pasaba, no exité en acercármele prontamente y con la premeditada intención de verla ruborizada y contemplarla... Con un «buenas noches» y una disculpa previa por mi indiscreción, me presenté yo mismo.

La pobrecita se vió en un crítico momento de confusión porque, debiendo retribuir el saludo que al pasar le habían dirigido las pichonas y la pareja, y, en el mismo instante corresponder á quien tenía en su presencia, no sabía por quien debía optar primero.

El caso fué que yo prevalecí; y entonces con la doble ofuscación de haber faltado al saludo de las amigas y de haber sido vista ¡figuraos! parecía ella toda, una llama viva.

Pasó el instante.

Ella temblaba. Yo gozaba.

Mi propósito había sido afrontar y hacer sucumbir un viejo prejuicio que, más que de la educación, emana del sistema de sociabilidad, completamente artificioso, y por eso inmoral.

.....

—Señorita, usted disculpe—le dije—¿no quisiera dispensarme la gentileza de oír de mis labios «una palabra?»

—Gustosa.—Contestó ella con una como mezcla de indecisión y espontaneidad.

—Bien señorita, yo la amo... y...

—Pero, señor... que es esto... una declaración así de improviso, sin que usted me conozca, ni yo...

—Tiene razón señorita. A usted—y de esto estoy convencido—la han enseñado que para amar—sea de hombre á mujer ó viceversa—es preciso conocer á fondo á la persona á quien se ama; tener antecedentes, indagar si es...

—¡Oh! nada de eso señor, disculpe, yo no quisiera ofenderlo, no pretendo indagar, solo digo que...

—No me conoce y siente por mí una como extraña simpatía, que no es simpatía, ¿verdad? No me lo niegue porque el lenguaje de sus miradas no da lugar á dudas.

—Pero usted...

—Antes que nada la franqueza; señorita. Esos preliminares, esos prólogos, son dignos de tiempos que ya no son... ¿no comprende usted que son todos prejuicios acumulados é infiltrados en nosotros, por obra de nuestros cretinos ascendientes?

Concretemos: Yo la amo; más de una vez he tenido el placer deleitoso de verla, y contemplar á veces su figura que desde el primer momento me fué simpática. Esto me basta. No pretendo conocer ni su condición ni su ascendencia. Yo soy un obrero, uno de esos obreros que endosa la blusa azul para ganar los medios de subsistencia. Y, como entiendo que amor no tiene escrúpulos, espero de usted una respuesta que sea la exteriorización de su sentir, que diga, lo que dicen las palpitaciones de ese corazón que late violentamente. Espero.

—Ya que la respuesta es inevitable, y dado que no puedo decir otra cosa de lo que siento, sea: Yo le amo, con un amor que resume todos los amores.

—Me lo sabía. Gracias... por haberme demostrado toda la sinceridad de su alma, en dos palabras... ¿Juras ser mía, tan solo para volcar sobre mí los torrentes de tu amor?

—¡Jurar! Vaya una fórmula... Te creo sincero como yo; sirva pues nuestra sinceridad de juramento.

\*\*\*

Al siguiente día pedí su mano á los padres. Se opusieron. Me lo sabía ya. Ellos de desahogada condición; yo pobre. ¡Pero fijense un poco que osadía de un jornalero, pretender la mano de una señorita de *bien!*

Delito...

¡Es la igualdad de las gentes ante la nueva civilización!

.....

Yo la amaba, ella igual á mí.

.....

Después de una semana de miradas fijas, expresivas y tristes; con el lenguaje de las almas que vuelan dolientes de una á otra parte, conjuntamente decidimos.

Bastó una señal. La única resolución buena, porque reciprocamente espontánea era positiva é infalible.

La fuga\*

Amor rugia aprisionado. Era un deber procurarle su libre expansión.

.....

El eco de la música incesante y monótona de las marinas, nos acariciaba los oídos.

La playa nos convidaba. Una cadena de rocas formaba su marco. El eterno chocar de las olas había labrado en ellas grutas multiformes y caprichosas. Hubiera sido el sitio ideal.

Mediodía desde hacía una hora había separado el plazo del día.

Ella me daba el brazo. El sol nos doraba con sus rayos candentes.

Le señalé el mar. Ella me comprendió.

Nos encaminamos. Amor nos guiaba y nos empujaba.

.....

El mar estaba un poco agitado, la arena, cálida por efecto de los rayos solares, se nos ofrecía por blando lecho.

Una gruta estrañamente arábiga se ofreció á nuestra vista evitándonos el trabajo de recorrer la semicircunferencia de la playa. Nos introdujimos en ella.

Una frescura agradable besó el rostro coloreado de ambos.

A un tiempo y igual espontaneidad sonaron vibrantes dos besos fuertes y prolongados, que confundieran su eco con aquel eternamente rumoroso, cuando no rugiente de las olas.

Oí de los labios de Elina una cadena de palabras, así, como la esfumación de un cántico. Embriagada de amor, quiso expandir sobre mí, toda su elocuencia de enamorada.

Yo, completamente extasiado.

El instante de la dicha sonó, y de nosotros se apoderó el éxtasis en un nudo que no tiene semejante.

Amor venció.

.....

El sol tocaba á su ocaso.

El azur de las aguas marinas se confundía con el otro límpido del cielo.

Nuestro amor había firmado su pacto con un solo hecho que afirmaba una espontaneidad recíproca de afectos.

.....

Las relaciones sociales de la familia de ella, condenaron acerbamente *nuestro* pro-

ceder. Sus padres lloraron, la maldijeron la detestaron en el primer momento.

Después quisieron consentir en el matrimonio. ¡Estaba hecho!

Pretendieron rescatarla. ¡En vano! Yo respondía á sus afectos con sincero cariño, y ella no quería saber nada, en lo referente á descontarse de mi lado, para volver á su antigua habitación celular.... aunque lujosa.

¡Sin sacerdotes impostores, y sin jueces inoficiosos, nos habíamos unido por consentimiento mútuo, en el mas fuerte y feliz abrazo conyugal que el sol haya visto!

Amor velaba sobre nosotros, á despecho de todos aquellos que anatemizaron nuestra acción. Eramos felices.

¿Qué podía importarnos, entonces, la eterna música mal auguriosa de las chimerías de la sociedad, que dió en llamar educación á todas sus hipocresías?

Y después.... Nuestra dignidad, nuestra integridad, nuestro orgullo, no nos permitían dirigir la mirada hacia abajo ni hacia atrás.

La conciencia de haber hecho nada mas que la práctica de un sentimiento fuerte, que pedía vida, nos había enaltecido.

Nuestra vida, feliz, sin remordimientos.

ANGEL D'AMBRA.

## DEL AMOR

Era una hermosa tarde de Mayo; el cielo estaba completamente despejado y sereno; el sol arrojaba verticalmente sus últimos fuertes rayos de verano sobre nuestro planeta, para dar vida á todo lo que sobre él se mueve. El parque rodeado de paredes y rejas, era grande y hermoso; estaba situado sobre una gran barranca, la cual daba á éste un aspecto original por su belleza; tenía una sola puerta de entrada abierta, las demás se hallaban cerradas. Era un día lunes. El parque se hallaba silencioso; los pajarillos revoloteaban alegres de rama en rama; se sentía solo el chirrido desgarrador de los gorriónes; las pintadas mariposas, buscando su alimento en las flores, hacían un bello y artístico espectáculo, las plan-



tas en sus diferentes formas, tamaños, colores y perfumes, arreglados con destreza por el hombre, en sus respectivos bancales, cruzados por caminos en direcciones distintas para el paseo de los visitantes, hacía que el lugar fuera uno de los más concurridos, principalmente los domingos y días de fiesta....

\* \*

Era la 1 de la tarde. Hacía un momento que acababan de retirarse una cantidad de obreros que, por vivir lejos del taller donde se les esplotaba y para poder entrar luego á la hora que sus patrones indicaban, se traían la merienda iban al parque, y buscándose cada uno un banco que se encontrara situado bajo el espeso ramaje de algún árbol que les protegiera de los fuertes rayos del sol de medio día, se sentaban en él, devorando —no sin sentir hambre— la mísera comida fría que traían de sus respectivas casas; luego descansaban en el corto rato que les quedaba, de las fatigas de su rudo y monótono trabajo, y después, de haber respirado un poco de aire puro, aire preñado del oxígeno que despiden las plantas, tenían que volver al taller infecto: sin luz y sin aire....

\* \*

El parque quedaba tranquilo. Los jardineros y peones habían emprendido nuevamente sus tareas, unos con plantas floridas de distintos colores formaban dibujos de verdadero aspecto artístico y emocionante, otros barrían cuidadosamente, con una rama seca de palmera, las hojas secas que el otoño deshojaba, para no sacar la arena, que se encuentra esparcida en los caminos; otros extraían las yerbas malas que crecían entre las plantas que servían de adorno al parque; otros se ocupaban en diversos trabajos, todos relacionados á la conservación del parque.

Los guardianes, que están por lo general aburridos de no hacer nada y por la atmósfera calurosa y pesada de aquel día, se paseaban muy lentamente por los alrededores, por temor de quedarse dormidos y ser sorprendidos por sus superiores.

Sin embargo, si hoy,—por espacio de un mes—desaparecieran los guardianes,

el parque se convertiría en un desierto; el instinto de conservación se halla muy poco desarrollado en la mayoría de los individuos.

\* \*

Claudio y Libertad eran, en aquel momento, los únicos visitantes del parque; se hallaban en el fondo del mismo, sentados sobre un banco que se encontraba situado bajo una glorieta cubierta por una espesa enredadera que los protegía del rayo del sol; una suave y fresca brisa se filtraba entre las verdes hojas que les rodeaban.

Claudio había dejado hacía ya tiempo, el oficio de tipógrafo, para dedicarse exclusivamente á escribir, la cual ha sido siempre su única aspiración desde muy pequeño; á escribir sí, pero en sus escritos hacía, sabía hacer resaltar los dolores que pesan sobre una gran parte de la humanidad, mientras la otra disfruta á sus anchas lo que no produce, en una palabra: se disponía á luchar por medio de la pluma guiada por un cerebro bien desarrollado en pro de un bienestar general, con ansias siempre de convertir en realidad sus amplios ideales.

Libertad vivía sola con sus padres, y después del almuerzo, tenía por costumbre ir á dar un pequeño paseo por el parque que distaba sólo dos cuadras de su casa; era también, como Claudio, muy amante de la libertad y la justicia.

Claudio y Libertad eran íntimos amigos; casi dos veces por semana se encontraban en ese hermoso lugar y discurrían siempre sobre asuntos relacionados con la cuestión social. Claudio colaboraba en varios periódicos y revistas importantes de la capital; Libertad le daba generalmente mucha inspiración y fuerza; por lo tanto sus escritos eran muy apreciados, eran sencillos y llenos de verdades.

\* \*

.....  
—Mucho tiempo hace que te he querido comunicar mi amor—decía Claudio á Libertad—mucho he sufrido también en ese largo tiempo.... Era tanto lo que yo te amaba y te amo, que no he podido manifestártelo. . . Yo quería que nuestro amor naciera espontáneo como nace el

verdadero amor. . . ¡Cuántas veces te he querido demostrar mi cariño!... pero tú te has mostrado indiferente; y sin embargo te amo ahora y te amaré siempre aunque tu hagas lo contrario. Dedicaré todos mis esfuerzos para tu bienestar que es el mio mismo.

—Veo que tu me amas mucho, Claudio—contestó Libertad, mirándolo con tristeza—y siento profundamente que te haré sufrir muchísimo; siento que de simples amigos que éramos haya surgido en tí un amor tan grande hacía mí... ¿no te habrás engañado?... yo no puedo amarte... yo amo á otro hombre, aunque mi amor no es correspondido,... sin embargo le amo locamente.

—¡Dos amores no correspondidos!—exclamó Claudio impresionado. Y tomando á Libertad la mano prosiguió: tu me dices que estaré engañado... y que no me quieres... pero yo te quiero, con esto me basta, te amo y te amaré siempre, ¡que satisfacción...! tu amor no es correspondido, pero sabes que yo te quiero mucho... ¿por qué no me quieres?... ¿no podríamos hacer los dos un hogar feliz? Ah, si tu me quisieras; los dos, con un solo corazón, lucharíamos con más pujanza en la obra emprendida: la lucha por la verdad y la justicia. Sin embargo, lucharé siempre, aunque no á tu lado,... con solo pensar que te quiero, es lo suficiente para seguir con valor mi obra regeneradora.

—Mucho has de sufrir aunque no me lo digas—dijo Libertad conmovida; parecía convencida ante las declaraciones de su amigo—sé lo que yo sufro por aquel hombre que no me quiere, pero en fin, no puedo dejar de quererle. Tu me preguntas porque no te quiero... francamente no lo sé... lo que sé, sí, es, que tu me quieres y no puedes dejar de quererme, y yo quiero á aquel hombre y no puedo dejar de quererlo... ¡el verdadero amor es inquebrantable!... Como amigo inseparable te ayudaré en todo lo posible en la lucha por la verdad; siento también, como tú, la necesidad de cooperar en esa gran obra, ¡luchar es vivir!...

—Luchar es vivir, sí, ¡que gran verdad!—contestó Claudio con la energía de un luchador que nada lo desanima.—Mi amor encierra todo tu ser, pero también

se extiende y abarca la humanidad que sufre, por eso lucho con más fuerza. Te amo á tí en particular porque constituyes una parte de mi ser, el cual se propone alumbrar con antorcha de la verdad todos los rincones sembrados por el error. ¡Esta será la gran jornada de nuestra vida!...

—Sí, Claudio, te prometo ayudarte en tu obra; suspendamos aquí nuestra conversación para otra oportunidad: he prometido á mi madre que volvería á la hora de costumbre y no desearía hacerle pasar un mal rato... Seremos siempre dos amigos, dos luchadores.

—¿Amigos soamente?—respondió Claudio suspirando profundamente.—Sin embargo yo te quiero más que como simple amiga.....

.....  
Se levantaron del banco en que estaban sentados, y cabizbajos y pensativos caminaron lentamente hacia la puerta de entrada del parque; allí recién levantaron la vista; dándose la mano y con una mirada profunda se despidieron caminando cada uno por un lado opuesto, muy pensativos; parecían tristes, pero en el fondo de su corazón se sentían fuertes y contentos: los dos amaban y no eran correspondidos... ¡Sin embargo amaban!

OTTO J. AMOTEN.

## DEL AMBIENTE

La Pampa es la tierra; Diciembre es el mes; hora el mediodía.

El sol cae perpendicularmente, despiadado; las tiernas hierbecillas que filetean los bordes del camino carretero se inclinan hacia la tierra como queriendo rehusar el fogoso y caldeado aliento del ardiente Febo y aspiran rejuveneciéndose en el frescor que de la tierra emana.

Es lo que se llama un pesado día de bochorno. Ni el más ligero soplo de aire turba la pesadez del ambiente; por doquiera que la vista tienda sus raudos vuelos no percibe sino un vasto campo que á primera vista parece arder, tal es el color subido de los trigos tupidos y ya sazonados; resaltando mas su brillantez por un principio de refle-



xión de rayos solares que impiden en ellos posar atentamente las miradas.

Allá á lo lejos vese algo así como una línea negra semi borrada á intervalos por golpes de esfumino, que paulatinamente váse elevando para después ir borrándose y desaparecer del todo.

Es el humo que despide la máquina trilladora que allí está desgranando trigo. A medida que uno se aproxima váse notando más distintamente la máquina y pueden verse unos puntos claros que se animan constantemente.

A menor distancia se perciben los peones horquilleros que alimentan continuamente la descomunal boca del monstruo que hace ya diez horas que traga sin cesar espigas y vomita tostado grano.

Al acercarme déjase oír un penetrante silbido y á poco aquel dantesco animal queda en la inacción.

Es la hora del almuerzo.

Jadeantes y sudorosos, arrastrando las piernas acuden los peones á la tumba.

Un trozo de carne sancochada y una taza de un líquido que tiene miras de caldo llévase cada uno; me acerco á uno de ellos y veo que tras mucho revolver aquella sucia agua saca un escuálido fideo y con ansias de niño glotón lo saborea.

Apenas transcurre media hora, déjase oír el silbato.

La imperiosa voz de un capataz ordena la reanudación de la tarea. La peonada protesta, hace un calor inaguantable, bajo aquellos despiadados y continuos rayos de un sol demasiado ardiente, aquellos hombres se derriten y piden un día de tregua.

El capataz desoye las quejas y amenaza con un revólver á su gente, y aquellos hombres viriles, minutos antes, crispaban con impotente ademán los puños, bajan mohinos la sudorosa frente y reanudan su interrumpida tarea.

Allá en lontananza, resbala velozmente un largo tren serpenteando sus numerosas vertebras atiborradas de aquel grano recogido con tantos sudores y fatigas bajo un sol canicular rumbo á la capital.

Aquel hermoso y dorado trigo alimentaría mucha gente mucha, regalaríanse muchas en los aristocráticos hoteles saboreando los dulces bizcochos elaborados con su harina y ellos..., ellos tenían que buscar con ojos avizores un triste fideo en medio de un sucio cacharro después de una labor vestial de *estrella á estrella*.

De pronto un *criollito* que apenas había empezado á desmoronar una enorme *parva*, bájase y munido aun con su horquilla váse en busca del capataz que recostado á la sombra de la *casilla* contempla indolentemente la agena tarea, exigiendo la inmediata paga de sus haberes pues prefiere holgar á trabajar en esa forma.

La forma enérgica de la reclamación no deja lugar á titubeos; y el capataz extiende el correspondiente *vale* al peon, y éste después de montar á caballo y de dirigir una última mirada despreciativa y altanera á la peonada y sumisa obediente váse canturreando.

Yo me alejo embargada el alma de tristeza y aquel asomo de rebeldía hermosa, tan fácilmente sofocada, traéme á la mente pensamientos pesimistas...

Vuelvo instintivamente la cabeza y mi cerebro niégase á admitir lo que mis ojos vislumbran. Allá lejos junto á la máquina una gigantesca hoguera, devora la grandiosa *parva* de la cual tan presurosa bajará el peón que habiase marchado, el incendio se comunica á las demás parvas y desde mi sitio contemplo aquel espectáculo imponente y destructor que dejaría en la memoria de aquellos seres, recuerdos indelebles y enseñanzas para un futuro no lejano . . . . .

Después de extinguido el enorme incendio, en el sitio de la hermosa y alta parva de otrora un pequeño deseo ennegrecido y lleno de resquebraduras mezclábase con las cenizas.

Una pequeña lente convergente, de esas que prenden cigarrillos á la luz del sol, colocada por el *criollito* sobre las revecas espigas, bajo un sol esplendente había obrado el *milagro*.